

Queridos amigos*

Confieso que he sentido un gran interés y he gozado intensamente escuchando en el uso de la palabra, a D. Luis Yáñez, D. Julián Santamaría, D. Luis R. Zúñiga, mis colegas Carmen Iglesias y Gonzalo Anes. En algunos momentos he llegado a sentir la vanidad de sospechar que alguna frase se dirigiera a mí. Por ejemplo, algún título de libros que se han citado me ha sonado a cosa conocida. Creo que es disculpable, porque yo he dicho muchas veces que profesores y escritores somos incuestionablemente vanidosos, porque eso de creer que lo que uno piensa sobre alguna materia, es digno de ser presentado oralmente delante de un público o de ser puesto por escrito destinado a unos lectores, requiere sin duda un considerable nivel de confianza en sí mismo para atreverse a ello. Sin embargo, yo no llego a tal seguridad que esté convencido de que hablarán de mí palabras que aquí se han oído, a pesar de que en ellas me ha parecido, ya digo, haber escuchado mi nombre y títulos de mis sufridos libros —los llamo sufridos porque, en fin de cuentas, ellos son los que de modo inmediato y directo han soportado el enfrentamiento con los lectores—. Y más aún, todo esto que han creído percibir mis oídos, ha ido enmarcado por referencias a la que fue un día Facultad de Ciencias Políticas y Económicas y años después Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, en la que han transcurrido varias décadas de mi vida. Dudo mucho, con todo, de ser yo la figura que aquí se ha dibujado; quizás ha sido una obra de fantasía. De lo que no dudo en absoluto es de la inagotable generosidad con que ustedes —María del Carmen Iglesias, Gonzalo Anes—, han hecho una difícil y delicada labor de mejorar los rasgos de cualquier original, como verdaderos artistas de un Renacimiento idealizador y platonizante.

Lo que sí quiero declarar ante todos ustedes es que tal como esa creación de la fantasía que han visto desplegarse, me gustaría ser, hubiera elegido y elegiría ser. Hasta tal punto es así que por lo menos en vocación, en pretensión, en proyecto (cualquiera que sea la distancia a la que de hecho queda uno de esa imagen) me hace feliz pensar que haya sido evocada de alguna manera junto con mi nombre. Ese irrepetible poeta, es decir, ese creador de paradojas que fue nuestro Unamuno se preguntaba un día «¿Y acaso la fantasía no es la misma cosa que la conciencia?» Con fantasía consciente o con conciencia fantaseadora —para seguir con un juego verbal unamunescos y consolador—, yo, ante tal imagen, pensando, soñando en ella, he llegado a imaginarme que se hablaba de mí.

* Palabras leídas el 5 de marzo de 1986, en el Salón de Actos del ICI, durante la presentación del Libro-Homenaje editado conjuntamente por el Instituto de Cooperación Iberoamericana y la Universidad Complutense, de Madrid.

No pretendo, en modo alguno, que me sigan ustedes en esta alocada imaginación. Tampoco quisiera dejar un vacío ante ustedes. Voy a hacer una operación como la que de niños quizás a todos nos ha producido alguna vez divertida sorpresa, cuando cogíamos unos anteojos de largo alcance y muy divertidos veíamos cómo, al colocárnoslos ante nuestros ojos en posición invertida, las cosas que contemplábamos cercanas y de tamaño natural, se nos tornaban pequeñas y lejanas. Lo de lejanas sé que la amistad de ustedes no me permite aplicármelo, porque emotivamente me es patente la proximidad. En cuanto al tamaño, es curioso que yo de chico me hacía la pregunta, ¿cómo son de verdad las cosas que veo? ¿más grandes o más reducidas? Yo siempre he sido, no sé si de nacimiento, no lo que se llamó un relativista, pero sí lo que hoy se llama un relacionista, apasionadamente, por eso no podía ser en mi vida más que físico o historiador. El juego de las circunstancias me llevó a lo segundo.

Y una vez colocado en ese emplazamiento, seguir en él ya no ha sido cuestión de las altas virtudes que aquí se han proclamado. Mi secreto es éste: yo he sido un hombre de suerte. Nací en una familia como la que yo hubiera elegido. Me eduqué con profesores que fueron siempre para mí verdaderos amigos. Mis años de infancia y primera juventud discurrieron en un pueblo valenciano, Játiva (uno de los más bellos pueblos de España, me dijo de él un día Unamuno). Dentro de las posibilidades de mis padres, fui organizando libremente lo que yo quería ser. Elegí mi personal «ecosistema» en este Madrid que a veces me indigna y siempre me atrae, del que no me podría desarraigar. Sin embargo, afortunadamente para mi proyecto (ese proyecto de vida que cada uno es) suma un buen número de años el tiempo que por propia voluntad he podido pasar en el extranjero. A mi lado, mi mujer, y con ella, nuestros hijos —por generación o por matrimonio, indistinguibles para nosotros— ahora nuestros nietos; todos ellos siempre con su sostén, con su incondicional apoyo, haciendo pasar su imagen en todo momento «per il laco del cuor», como diría Dante del recuerdo, han llegado a convertirme, día tras día, en lo que he venido a ser. A lo largo del tiempo, he podido rodearme de un entorno amistoso donde están las personas que más estimo, si añado a ellos los que desgraciadamente la muerte me arrebató. Cuando yo me siento ante mi mesa con unos libros, con unas cuartillas, antes con una pluma, hoy con un bolígrafo en la mano, frecuentemente me pregunto: ¿por qué trabajar tan afanosamente? Y pienso en unas docenas de amigos a los que admiro y quiero y me lanzo a mi labor con ganas y con gusto.

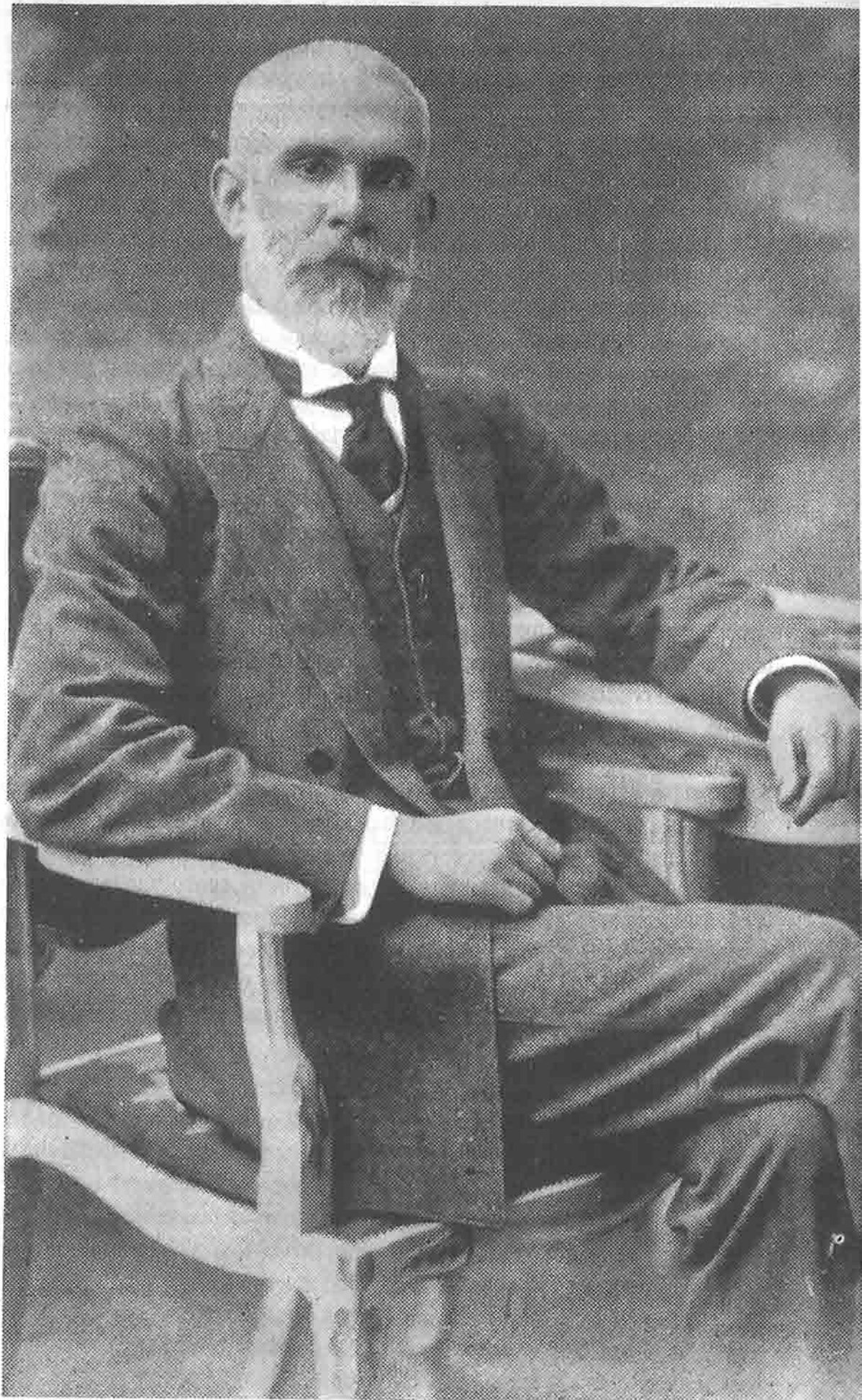
Y esto me lleva a una última consideración que quiero hacer ante ustedes. Soy, he sido, un hombre con suerte. He vivido la vida que hubiera elegido, me he sentido envuelto de ternura y de amistad. He trabajado en lo que he querido, yo mismo he acotado el terreno de mis estudios y el camino de acceder a él —lo que no excluye las fructíferas ayudas de maestros y colegas—. He gozado de la consideración de aquellos a quienes he estimado y estimo y esto en las tres generaciones en que uno vive: la de maestros mayores que yo, la de coetáneos míos, la de jóvenes investigadores, escritores, docentes, a los que puedo admirar. ¿Y hay algo que colme de satisfacción tanto como el poder decir que se admira a quienes uno ha visto unos años atrás sentados en el aula como estudiantes?

Pero he de ser sincero y reconocer que también me ha tocado mi parte polémica. Y esto se ha debido en primer lugar a que algunos han tenido una perspicacia para descubrir

los errores —y quizá más y peor, las insuficiencias, las desviaciones— que se pueden observar en mi obra; y hay un segundo motivo que ha sido de más fecundas consecuencias para mí: algunos han creído que era únicamente admisible la investigación de un factor para construir historia social, desde el económico al teológico. Yo no he negado nunca que no sea legítima una y otra vía para penetrar en el conocimiento de la Historia. Cuantas más, quizá mejor. Tal vez he sentido, en alguna ocasión, ciertas resistencias a reconocer la mía. Por eso he tenido que esforzarme perseverantemente para avanzar en lo que yo había llegado, desde los últimos años de la década de los cuarenta, a proponerme: jamás, claro está, el imposible de una historia total, pero sí el modelo de una historia integradora que reuniese un número lo más amplio posible de factores —factores que no necesitan ser los mismos en cada ocasión, sino más bien los más relevantes. A esto, después de varios ensayos a lo largo de cerca de medio siglo, es a lo que he llegado a llamar historia social de las mentalidades.

No voy a pensar en modo alguno que haya acertado. Pero sí me llena de contento que la presencia, la amistad, la compañía alentadora de ustedes en este momento me permita suponer que el resultado de mis años de trabajo, además de haberme hecho gozar a mí, pueda significar una aportación para la tarea de otro, más aún cuando uno contempla detrás un nutrido grupo de historiadores puestos a llevar a cabo una espléndida obra. A todos ustedes, pues, los que aquí se encuentran, que no han dudado en arrostrar un acto como éste, a aquéllos que me han llamado para deplorar su irremediable ausencia, a ustedes, los representantes de los centros e instituciones que con su generosidad lo han hecho posible (Presidente del Instituto de Cooperación Iberoamericana, Director del C.I.S., Decano, Fundación March, Banco Exterior, y es para mí entrañable añadir a los representantes de la Generalidad Valenciana); a una inteligente y abnegada universitaria que ha puesto tanta amistad y calor, tan esmerado gusto, tan cuidadosa atención en la reunión y edición de estos volúmenes; a cuantos colegas con sus espléndidas colaboraciones han dado tanto valor a las páginas de estos libros que hoy se presentan; a los colegas de Universidad que han hablado de mi obra, a los que ya nombré, quiero expresarles mi profundo agradecimiento, quiero darles no desde este hoy, desde este corto presente, sino desde muy lejos en el tiempo, las gracias, y digo esto porque desde que empecé mi trabajo no aspiré a obtener al final distinciones u otros premios, sino a alcanzar la estimación de mis colegas y amigos, testimoniada, por ejemplo, en una publicación como ésta.

J.A.M.



Rafael Altamira